



INTERCAPITOLO FIGLIE DI SAN PAOLO

Roma, Casa generalizia
5-20 settembre 2016

MARÍA: ICONO DE LA INTEGRALIDAD

Giuseppe Forlai, igs



Giuseppe Forlai (1972) es presbítero de la Diócesis de Roma y miembro del Instituto Jesús Sacerdote. Ha obtenido el doctorado en teología con especialización en mariología en la Pontificia Facultad Teológica Marianum y, luego ha estudiado filosofía política y ética en la Universidad de Tor Vergata (Roma). Desde 1999 al 2003 ha sido capellán en los institutos penitenciarios de Roma. Ya docente, encargado en el Instituto de espiritualidad de la Pontificia Universidad Gregoriana, ha trabajado, entre otras, en el Ufficio Pastorale Scolastica de la Diócesis de Roma. Actualmente desempeña el ministerio de acompañamiento espiritual en el Pontificio

Seminario Romano Mayor y de animador en diversos institutos y organismos de la vida consagrada.

Giuseppe Forlai que le agrada decir, «emplea su tiempo mejor sobre todo en tratar de ser un cristiano manso y pensante», ejerce un fecundo “apostolado de la pluma”. De hecho, es autor de numerosos textos, algunos escritos para la San Paolo y para las Paoline, con las cuales ha publicado *Cristo vive in me. La proposta spirituale di Don Alberione* (2013) y *Io sono «Vangelo». Decidersi per Cristo alla scuola di Paolo* (2015).

MARÍA: ICONO DE LA INTEGRALIDAD

Giuseppe Forlai, igs

MARÍA VIVIENTE EN LA IGLESIA¹

El Espíritu Santo forma la carne del Hijo de Dios en el vientre de una mujer y genera la Iglesia en el vientre del Cenáculo de Jerusalén. Cada vez que la tercera Persona de la Trinidad da vida a algo nuevo, María está presente. Como no se puede dissociar a la Madre del Hijo, así el acontecimiento de María y el de la Iglesia están indisolublemente unidos a través de la acción del Espíritu generador. La Iglesia depende continuamente de la efusión del Espíritu y ésta efusión se vuelve operativa si Él no es entristecido (cf. Ef 4,30), en otras palabras se le dice: «Heme aquí», como la Virgen de Nazaret. Adoración y silencio, actitudes típicamente marianas, hacen de la comunidad cristiana la *creatura del Paráclito*.

El Espíritu Santo, Persona inaferrable e irrepresentable para la imaginación humana, encuentra en la Madre del Señor una suerte de transparencia: a través de ella se percibe algo. Podemos “atisbar”, como los niños, los rasgos de su belleza fijando la mirada en María. También si de Él no sabemos *de dónde viene ni dónde va* (cf. Jn 3,8), en la historia de la Virgen percibimos la voz en forma nítida. María, como testimonian los Evangelios, vive aquellas actitudes que son propias de quien está lleno del Espíritu: la alabanza que nace del saber ver la acción de Dios en la historia, la profecía que brota de la íntima presencia de Cristo, la libertad del seguimiento.

Antes de la comunión de los santos por la fe, su esperanza y su amor total es gratuito, la Madre del Señor extiende su presencia espiritual sobre la Iglesia de todos los tiempos. Una presencia que pasa a través de su ejemplar *maternidad virginal*, paradigma de como la Iglesia puede ser generadora de nuevos hijos en virtud del Espíritu y no del esfuerzo humano; una presencia real, es decir, de guía en la obediencia al Hijo; en fin, de Madre espiritual de los bautizados que invoca sobre ellos el Espíritu que genera y hace crecer al hombre interior hasta la plena estatura de Cristo.

La Mujer de Nazaret es para el creyente, memoria inequívoca de la encarnación y de la pasión del Señor: el Jesús de María es persona verdadera, real, vivida en la carne. Un cristianismo desencarnado o espiritualista no resiste la prueba de la presencia de María, que siempre nos fija en la fidelidad a la historia y a la responsabilidad hacia la vida terrena que la Providencia nos ha donado. María, además de ser la medida *del realismo cristiano*, es también reflejo de la consolación del Espíritu: ella que ha conocido la estupidez del mal anidado en la fragilidad de los hombres y ha probado en primera persona la oscuridad de la fe es nuestro “refugio” cuando abrimos la puerta al arrepentimiento, y consuelo cuando somos tentados de creer que después del Calvario no haya lugar para renacer.

VIVIR MARÍA PARA DONAR A CRISTO²

El bautismo marca el nacimiento místico de Jesús en nosotros y nos une a la comunidad de los creyentes. Como en el vientre de María se han unido, sin confundirse naturaleza humana y divina, igualmente en la fuente bautismal se cumple la irrupción de la gracia en nuestra carne mortal. Todo es fundado por el ADN de Cristo por ser sanado y reintegrado en la verdad. Principio y fundamento de nuestro respiro vital, el itinerario de cristificación al cual estamos llamados, ya podemos contemplarlo en la Madre cristiforme: su inmaculada concepción prefigura el bautismo de gracia en el cual hemos sido lavados de la aversión a Dios; su ascensión y realeza en la comunión de los santos

¹ Texto entresacado de: G. Forlai, *Madre degli apostoli. Vivere Maria per annunciare Cristo*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2014, pp. 60-61.

² *Ibid.* pp. 97-98.

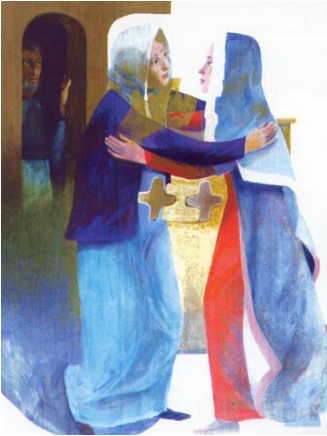
anticipa el ingreso de todo nuestro ser en el paraíso del Padre, para ocupar nuestro puesto en la Iglesia celeste.

Darse a María es respuesta al don del Crucificado. Acoger a su Madre como la nuestra implica la consciente elección de dar curso a la gracia del bautismo, para que Cristo en nosotros alcance la plena madurez. El acto libre con el cual nos rendimos a esta dinámica transformante comporta el seguimiento del Maestro renunciando a sí mismos y llevando la propia cruz. En una palabra, debemos elegir para nosotros la humildad y la expropiación de Jesús, su *kènosis*. «Acoger a María en la propia casa» y «elegir para sí el anonadamiento del Hijo» acto máximo de amor posible a una criatura, son gestos prácticamente equivalentes: no existe cristianismo sin despojo, como no existe espiritualidad mariana que descarte el misterio de la cruz.

El don bautismal inaugura el compromiso de vivir en sí a Cristo sacerdote de la humanidad, misionero del Padre. Donar Jesús a los demás es consecuencia natural de haberlo encontrado. «No me basta amar a Cristo si mi prójimo no lo ama» decía san Vicente de Paúl. María ha donado su Hijo unigénito después de haberlo concebido. Ella, modelo del apóstol, nos lo presenta extendiendo los brazos. La Escritura no nos permite adecuarnos al irenismo. Anunciamos la gracia a un mundo que, a menudo, no la quiere porque no la conoce: «Vino entre los suyos, y los suyos no lo acogieron» (Jn 1,11). Quien sueña éxitos en el apostolado o cuenta los números es un pobre iluso! Raramente la gente tributa un aplauso a quien le dice la verdad enseñada por el Maestro. Cruz y lucha contra el adormecimiento de la indiferencia son el pan cotidiano del verdadero apóstol!

El apostolado de María posee el rasgo inconfundible de la intimidad con Cristo y del ocultamiento, por esto en ella no existe un simple “actuar” sino una particular *mística apostólica*. Su ser cristificada se manifiesta en los gestos en modo natural, gracias al corazón contemplativo que le ha sido donado. Intimo a ella más que a sí misma, parafraseando a san Agustín, el Maestro respira y actúa en ella aún antes de haber nacido. Pero si este actuar suyo ya es el del Hijo que se ha humillado tomando la forma del siervo, la modalidad de su donarse no podrá sino ser escondida a los ojos del mundo, lejos de toda soberbia espiritual y ostentación.

PRESENTACIÓN DEL ICONO DE LA VISITACIÓN



La tela de la Visitación forma parte de un conjunto de 11 pinturas que datan de 1995-97, colocadas en el palacio arzobispal de la diócesis de Malines-Bruxelles. Arcabas (Jean-Marie Pirot) ha sabido expresar con rara habilidad el gozo del encuentro entre María e Isabel a través de los colores, puestos en evidencia por el fondo blanco. Rojo y azul se abrazan con lo divino y lo humano en la encarnación del Verbo. Las dos mujeres están en camino, una hacia la otra, como destaca el movimiento de los pies y del manto de María, primera Apóstol del Evangelio.

La Visitación no es sólo el encuentro entre las dos parientes, sino – en la “mens” del evangelista Lucas – evento salvífico. El artista ha querido expresar tal misterio pintando dos pequeñas cruces entre las dos futuras madres, características de muchas de sus obras. Estas tienen un fuerte significado simbólico: hacen presagiar el encuentro entre los dos niños, Jesús y Juan Bautista, y el don cruento de sus vidas.

La escena sucede en el ingreso de la casa: Isabel ha salido al umbral para acoger a la Madre del Señor; un cobertizo – casi como protección de su extraña maternidad – deja en evidencia la figura, mientras un pequeño muro a las espaldas de María enmarca la escena. La puerta de la casa se abre y un hombre está de pie en la penumbra. Es Zacarías. Él desempeña el rol de testigo silencioso, que recuperará la palabra en el momento de la circuncisión del hijo Juan. Si bien en la sombra (presagio del fin del sacerdocio levítico), el rostro de Zacarías está en la luz de la nueva era que está por cerrarse. En la llegada de María él contempla ya el inicio de la realización de las promesas del ángel Gabriel; muy pronto, libre de los vínculos de la ley, podrá cantar el cántico de la salvación.

También, nosotros, que como él observamos el encuentro, estamos llamados a elegir nuestro idioma para proclamar la profecía del Reino que viene. La Visitación, como subrayaba Don Alberione, es el misterio paradigmático de la misión cristiana: María lleva a Isabel, ya tocada por la gracia de Dios, la Presencia del Salvador, de Aquel que ha concebido diciendo “heme aquí”.

Beato Giacomo Alberione

MARÍA REGINA DEGLI APOSTOLI

Capítulos IV-VI; pág. 41-62.

IV

APOSTOLADO DE LA VIDA INTERIOR

«Pero ellos no entendieron las palabras que les había dicho. Jesús bajó con ellos y llegó a Nazaret, y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todas estas cosas en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres» (Lc 2,50-52).

Apóstol

Apóstol es quien lleva a Dios en la propia alma y lo irradia a su alrededor.

Es un santo *que* acumula tesoros, y comunica de su abundancia, a los hombres.

Es un corazón *que* ama tanto a Dios y a los hombres, que ya no puede comprimir en sí cuanto siente y piensa.

Es un ostensorio *que* contiene a Jesucristo, y difunde una luz inefable a su alrededor.

Es un vaso de elección *que* rebosa, porque está demasiado lleno, y de cuya plenitud todos pueden gozar.

Es un templo de la Santísima Trinidad, la cual actúa sumamente en él; *transpira* a Dios por todos los poros: con las palabras, las obras, las oraciones, los gestos, las actitudes; en privado y en público.

Y bien, con este retrato, examinad el rostro de las personas, cercanas o lejanas: ¿reconoced en él al apóstol? En grado sumo, con inalcanzable parecido es el rostro de María. Luego seguirá Pablo.

La santidad interior es el primer y más esencial apostolado, inconfundible e insustituible. Donde hay vida interior, está siempre el apóstol, también si fuera un Antonio en el desierto, un cartujo en silencio, una monja lega en clausura que se ocupa de los trabajos más humildes.

Primer apostolado

a) El alma interiormente santa inyecta en el cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia, una sangre pura y vivificante que llega a todos los miembros; los hace crecer, los fortalece para las batallas de Dios.

San Pablo nos habla muchas veces de este cuerpo místico. Pio XII ha desarrollado límpidamente en la encíclica *Mystici corporis Christi* la doctrina de la Iglesia sobre este argumento. Muchos libros lo han explicado. Ahora, en un cuerpo, la mano, el pie, la lengua operan externamente, cada uno lo ve; pero el corazón cumple una función más importante, amplia y necesaria, si bien invisible.

Las armas en nuestro poder no son humanas, sino divinas, capaces de abatir el mal y las obras de los tristes, de vencer toda doctrina que se oponga a Dios y a Jesucristo; de conquistar cualquier inteligencia y someterla a Cristo. «De hecho, las armas de nuestra batalla no son carnales, sino que tienen de Dios la potencia de derribar las fortalezas, destruyendo los razonamientos y todo baluarte *que* se levanta contra el conocimiento de Dios, y haciendo toda inteligencia sujeta a la obediencia de Cristo»¹.

¹ 2Cor 10,3.

De ésta sangre pura, de ésta vida sobrenatural, de estos corazones que son de Cristo, vive siempre la Iglesia: desde el Cenáculo hasta hoy, y por los siglos.

Es grande la palabra de Jesucristo: «por ellos (los discípulos) me perfecciono y me santifico»². De Él la gracia pasa a los Santos. Estos tienen una participación y rebosan lo que sobreabunda.

b) Los Santos son potentes ante Dios a medida y en el grado de sus méritos y de su santidad. La potencia de intercesión corresponde a la unión que en la tierra tuvieron con Dios.

La oración, dice san Agustín, es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios. En efecto, el Señor se ha comprometido a escuchar nuestras súplicas: «Cualquier cosa que pidáis, creed que se os dará...»³. ¡Qué apostolado ejerció Jesús sobre la cruz! Entre su agonía, rogando por los pecadores, lanzando su grito «*Tengo sed*». El salvó al mundo más con su pasión y muerte *que* con la predicación.

c) El verdadero apostolado es el que se injerta, se ensimisma, se uniforma con el apostolado de Jesús. Se inspira en el mismo fin: la gloria de Dios, la paz de los hombres. Muchos, entre los *que* se llaman apóstoles, no procuran la mayor gloria de Dios. Son címbalos ruidosos, campanas *que* sueñan, viento *que* infla; pero después todo se esfuma. Muchos, demasiados, «buscan los propios intereses, no los de Jesucristo»⁴.

El hombre de Dios juzga las cosas bajo la luz que viene de lo alto: más que del aspecto exterior, comprende la parte *que* tienen en el plan redentivo de Dios. Los fracasos no lo abaten; Dios puede ser glorificado por su misma humillación. Su objetivo, su intención es siempre Dios y las almas. Así, todo apostolado adquiere cada vez más las características, la eficacia y la vitalidad sobrenatural. Dios es todo; las almas están en los brazos de Dios: «Hijitos míos, *yo de nuevo* sufro dolores de parto hasta que Cristo se forme en vosotros»⁵.

«Cuando Dios quiere que una obra sea toda de sus manos, lo reduce todo a la impotencia, luego actúa». Anulado el yo, vive Dios. Con el programa de Jesucristo se opera con Él, en Él, por Él. Y cuando Dios está con nosotros, quién estará contra nosotros? Mayor seguridad no se puede tener que «mientras el Señor operaba junto con ellos y confirmaba la palabra (con los prodigios que lo acompañaban)»⁶. Este apóstol lo podrá todo: «Las obras *que* yo hago también él las hará, y aún mayores»⁷.

Vida interior de María

María es más santa que todos los demás: por lo tanto, es la primera “apóstol”; más aún es la “apóstol”.

El principal aporte que María hace al Cuerpo místico de Cristo, es decir a la Iglesia, es su santidad: el vigor, la frescura de una vida copiosa. Su plenitud: «Llena de gracia»⁸, se vertió sobre todas las almas: desde Juan Evangelista a Juan Bosco; desde los Mártires a los Vírgenes; desde los Papas al sencillo trabajador.

Cristo es la vida; de la cabeza desciende la vida a los miembros; y cada día vivifica a nuevas almas en el bautismo, en la Eucaristía, en la Penitencia. Estas almas viven de Cristo.

María es, por divina elección, constituida la gran Madre de los redimidos por Cristo. Ella está al frente de la nueva familia *que* Jesucristo formó. Como Eva, madre en cuanto al cuerpo del género humano; así María inauguró un género nuevo, cristiano y santo. Madre espiritual nuestra, nos transfundió su vida, engendrándonos en las angustias del Calvario. La Iglesia en la *Salve Reina* la saluda como «vida».

² Jn 17,19.

³ Mc 11,24.

⁴ Fil 2,21.

⁵ Gál 4,19.

⁶ Mc 16,20.

⁷ Jn 14,12.

⁸ Lc 1,28.

Una madre transfunde en los hijos su sangre, a menudo también el carácter, las cualidades, las tendencias. María transfunde en las almas las tendencias, los gustos, su amor, ella misma. Y esto, tanto más cuando un alma se le acerca: «En mi toda esperanza de vida y de virtud»⁹.

María es Reina. Lo que pertenece a la Reina es también de los súbditos. Un pueblo es tanto más potente cuanto más lo es el soberano. Afortunados nosotros que tenemos una Reina tan grande: «¡Alta más que creatura!»¹⁰; sus bienes y sus poderes son todos para nosotros: ella los usa en favor de los súbditos y de los hijos.

María se ha convertido en la esperanza de todos: del pecador, del enfermo, del justo, del pobre, del náufrago: de todos.

Ella es llamada la *omnipotencia suplicante*.

San Pedro Damiano escribe: «Cuando María se presenta al Trono de Dios, no lo hace tanto para suplicar, cuanto para exponer su voluntad: dado que no se considera sierva, sino Madre y Soberana».

A María le cuadra ésta declaración: «Cuanto puede el Señor por naturaleza, tú lo puedes por gracia». Son por eso innumerables las gracias de María: luz de los Padres, sabiduría de los Doctores, vencedora de las herejías, vida de la Iglesia. Un inmenso, perpetuo, eficazísimo apostolado Ella cumple desde el cielo y San Germán le dice: «Ninguno es liberado de un mal, sino por ti, oh Inmaculadísima; nadie recibe un bien sino por ti, oh Señora Misericordiosísima; ninguno consigue la victoria final, sino por ti, oh Virgen santísima». La oración de María da inicio al ministerio público de Jesús en Caná: «Este es el inicio de las señales (que hizo Jesús)»¹¹.

Apostolado de todos

Se alegren las almas que, en el silencio, rezan y sufren.

¡El mundo provoca en Dios enojo y castigo! Pero ellas lo salvan con la reparación. Ellas cooperan en la edificación del Cuerpo de Cristo, tal vez más y mejor que quien recorre todo el mundo, de quien se va agotando en cansadoras empresas. Un alma verdaderamente llamada a la clausura, entra para encontrar a Dios, y para ejercer el apostolado más eficaz para las almas: destruir el hombre viejo y sustituirlo por el nuevo: «Para mi vivir es Cristo»¹².

El corazón de Pablo era el corazón de Jesucristo.

El corazón purísimo de María fue el corazón más apostólico después del de Jesús. Los bienes sobrenaturales de la humanidad han salido todos del Corazón de Jesús y del Corazón de María.

Después del Corazón de Jesús, ningún corazón amó a los hombres como el Corazón de María.

Un santo tiene una cierta omnipotencia. Para abatir un coloso, basta una piedrecita que se desprenda del monte.

«Teresa más cuatro pesos no vale nada. Cuatro pesos son nada, Teresa es nada. Pero Teresa, cuatro pesos, más Dios lo es todo».

Nunca se ejerce el apostolado con mayor amplitud y eficacia como cuando se hace el examen de conciencia, se mortifica el amor propio, y se es interiormente activos.

En los colegios, en las escuelas, en las obras catequísticas, en el confesionario, en el púlpito, en las asociaciones católicas, en los institutos religiosos, en las familias, en los hospitales, en los seminarios, en las parroquias... la vida interior de quien guía tiene un influjo decisivo. Quien guía tiene en la mano el porvenir de sus hijos: para la vida y para la eternidad. A menudo es bueno decir: una obra de menos, y una media hora de más con Dios meditando y rezando; o también: obras sí, pero vitales.

⁹ Sir 24,25.

¹⁰ Dante Alighieri, *Paraíso*, XXXIII, 2.

¹¹ Jn 2,11.

¹² «*Mihi vivere Christus est*» (Fil 2,21).

Sembrad sí, pero regad con la oración. Es una verdad de fe: «Es Dios quien hace crecer»¹³. Cavad una fuente de agua que riegue el campo sembrado. Está bien una planta eléctrica amplia y perfecta, sí, pero es necesario introducir la corriente para que la ciudad quede iluminada; para que la fábrica tenga actividad productiva. Busquemos la santidad; pero busquémosla por medio de María. Se tenga por seguro que un alma no puede ser verdaderamente devota de María si no tiene sed de almas como Jesús. No se asemejaría ni a Jesús apóstol ni a María apóstol; sólo los imitadores son hijos de María y unidos a Jesús. Quien no posee la mente y el corazón de Jesús y de María, ¿cómo puede vivir la vida en unión con Jesús y con María?

A todos los amantes de Dios, Jesús les recuerda: «Hay un segundo precepto semejante al primero: Amarás a tu prójimo»¹⁴.

V

APOSTOLADO DE LOS DESEOS

«Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; Oh mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua. ¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria! Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios. Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote» (Sal 63/62,2-5).

Prevenida por la gracia

María, en la Concepción no sólo fue inmaculada y enriquecida de gracia, sino que también tuvo la ciencia infusa y el pleno uso de la razón.

Tal ciencia daba a la Virgen la posibilidad de los santos deseos, de los suspiros, de las súplicas, de los anhelos. Éstos son un verdadero apostolado, aún más, la base y el principio de todo apostolado.

Dice el P. Roschini: «La B. Virgen, desde su Concepción, tuvo un pleno conocimiento de las cosas naturales requeridas para un exacto conocimiento de las Sagradas Escrituras: historia, geografía, astronomía, cosmogonía, etc. Conoció las verdades de orden sobrenatural que le concernía en cuanto destinada a ser la Madre de Dios y la Corredentora de los hombres. Por lo tanto, conoció la verdad dogmática y teológica mejor que los Ángeles y que todos los hombres en esta vida. Conoció también, en su complejidad, la obra de la Redención y la parte que ella iba a tener. Conoció las necesidades, las miserias morales, los peligros, las tentaciones, los pecados, en su número y en su malicia; la obstinación, el daño de tantas almas... en modo de poder sufrir por todas, rezar, desear la Redención y la salvación. ¡Qué ardor de deseos en el corazón de María!»¹⁵.

De niña, en la cuna, en la casa paterna, primero, y después en el templo, el corazón de María suspiraba la Redención y la salvación de los hombres, más que los Santos más ardientes.

El día 21 de noviembre, la Iglesia celebra la «Presentación de María Santísima en el Templo». El objeto de esta fiesta es el siguiente: «María niña, a la edad de tres años, fue llevada al Templo de Jerusalén por sus padres Joaquín y Ana y ofrecida al Señor». Así narran algunos padres y especialmente Juan Damasceno.

¹³ 1Cor 3,7.

¹⁴ Cf. Mt 22,39.

¹⁵ Estas afirmaciones del P. Roschini, como de cierta mariología tradicional, han sido redimensionadas por la teología postconciliar, más sobria, y al mismo tiempo, más rica de fundamentos bíblicos.

Deseos santo

Los deseos santos nacen de la fe viva y del corazón amante, y son el primer paso hacia las obras. Es como la semilla que se abre, empuja hacia el terreno la pequeña raíz buscando alimento y se desarrolla en pequeña planta, destinada a crecer y a fructificar. Si [tales deseos] llegan a la oración, dan fruto preciosísimo.

Hay muchos deseos vacíos, estériles, extraños, malos; como hay críticas ociosas, incluso pecaminosas. Por ello San Pablo decía: «Huye de los deseos juveniles»¹⁶.

En cambio, están los deseos de Dios «que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»¹⁷. Y los deseos del alma amante: «Oh Dios, tú eres mi Dios, en la aurora te busco, mi alma tiene sed de ti»¹⁸.

San Pablo tenía deseos ardientes: «Tan grande es nuestro afecto por vosotros, que hubiéramos querido entregaros no sólo el Evangelio de Dios, sino también nuestra propia vida»¹⁹. «Teniendo yo un gran deseo de morir y de ir con Cristo»²⁰.

En el Salmo 42/41,2, se lee: «Como el ciervo desea el agua de la fuente, así mi alma te desea a ti, oh Señor»²¹.

Así pues, los deseos buenos son para cultivarse: «Mi alma se consume en el deseo hacia tus juicios»²² dice el Salmo 118,20/119.

Bajo la guía de Joaquín y Ana, y nutriéndose de la Sagrada Escritura, María crece como olivo prometedor; fue como la sede de cada virtud. Leyendo la Escritura, aprendiendo de la viva voz, aquellos suspiros se convirtieron en el apostolado de los deseos por la venida del Mesías y la redención de los hombres.

El deseado

Jesús es el *Deseado* de las Gentes (Ag 2,8). Lo han deseado los Patriarcas, los Profetas, todos los Justos, todas las Naciones del tiempo antiguo. Pero, más que todos, más eficaz y más inteligentemente que todos, lo ha deseado María Santísima.

No eran deseos de puro sentimentalismo, sino deseos eficaces, que de su corazón se dirijan al Corazón de Dios.

El Profeta Daniel fue «el hombre de los deseos»: ²³ de la gloria de Dios y de la salvación de los hombres; el alma que tanto deseaba la redención de su pueblo y de la humanidad. Le fue revelado el término de la esclavitud babilónica y la venida del Mesías que había deseado. ¿Cómo, no escucharía Dios los deseos de una Virgen pequeña, humilde y santísima? ¿Cuál fue el fruto de estos suspiros con los que se dirigía al Cielo? Ella solicitó la redención del mundo; más de cuánto lo han hecho los Patriarcas, los Profetas y los buenos hebreos.

«Cielos, lloved de lo alto, y las nubes lluevan al Justo»²⁴.

Con cuanta fuerza la celeste Niña levantaba las manos y los ojos al Cielo, repitiendo la oración de Isaías: «Cielos, de lo alto destilad vuestro rocío; nubes derramad al Justo; se abra la tierra, germine al Salvador, y nazca la justicia».

Eficaz apostolado

¹⁶ Cf. 2 Tm 2,22.

¹⁷ 1Tm 2,4.

¹⁸ Sal 63/62,2.

¹⁹ 1Ts 2,8.

²⁰ Fil 1,23.

²¹ Sal 42/41,2.

²² Sal 119/118,20.

²³ «*Vir desideriorum*» (cf. Dn 9,22 e 10,11). Las nuevas versiones de la Biblia traducen «*hombre predilecto*».

²⁴ «*Rorate caeli, desuper, et nubes pluuant Justum*» (Is 45,8).

Doctores y Teólogos de la Iglesia confirman que la venida del Salvador fue acelerada precisamente por causa de los ardientes suspiros de la Santísima Virgen.

El Ven. Pallotti los resume y escribe así: «Estaba establecido en los adorables decretos de Dios, que los Justos, y especialmente la Reina de los Santos, con sus mortificaciones, ayunos y *deseos*, aceleraran la encarnación del Hijo de Dios. Y así sucedió, no obstante que el mundo estuviese manchado de pecados e indignidad»

En la *Vida de María*, de Willam se lee este trozo muy pertinente: «En la existencia de María todo servía para atraer al Verbo de Dios en su seno: especialmente el hecho de su consagración virginal al Señor».

Ciertamente se puede afirmar que, en el templo, Simeón, justo y temeroso, esperaba la salvación de Israel; Ana, noche y día, suplicaba al Señor de apurar la venida del Mesías; pero más que todos lo hacía María.

Ella, en su soledad, se ofrecía en sacrificio para la salvación de Israel y del mundo entero. Fue como paloma que gime sobre las ruinas de un gran edificio: el hombre salido bello de las manos creadoras y santificadoras de Dios, había sido deformado por el pecado original. Y sus gemidos fueron escuchados por el Padre que se movió a restaurar en Cristo el edificio: «Recapitular todas las cosas en Cristo»²⁵.

Simeón invocaba ardientemente, y había recibido una comunicación del Espíritu Santo que no moriría antes de ver con sus ojos al Salvador. Ana en el Templo rezaba, suspiraba, ayunaba: y reconoció enseguida al Mesías, cuando se presentaron José y María con el Niño para la purificación. Agradecieron con gran fe y gozo al Señor²⁶.

María más que todos lo había deseado. Ejerció el apostolado más que todos. Apostolado es dar a Cristo al mundo. Estos santos deseos, en María, duraron desde la concepción inmaculada hasta el momento en el cual, pronunciado su *Sí*, el Hijo de Dios se encarnó en su seno.

De hecho, llegó la «plenitud de los tiempos» (Gál 4,4). El Arcángel Gabriel fue mandado a la Virgen a anunciar que había llegado el momento profetizado por el *hombre de los deseos*, Daniel, y a ofrecer a María la divina Maternidad. Era la gran hora de la humanidad.

Dios escuchó los santos deseos, oye los suspiros de los justos, cuando gimen ante el altar de Dios. Cuántas almas, en los silencios del claustro, en las íntimas comunicaciones con Dios, quizás también entre las angustias y los dolores, se hacen oír por el Señor! El corazón del Padre celeste se mueve a la piedad de estos hijos que ponen toda su confianza en Él y repiten: «Venga tu reino»²⁷.

«El Señor escucha los deseos de los pobres»²⁸. «Haz satisfecho el deseo de su corazón»²⁹.

Cuando aparece María sobre la tierra, aparece la aurora: «Aurora que surge»³⁰, anunciadora y portadora del Sol de justicia Cristo Jesús, «Sol de justicia, el Esposo Jesucristo»³¹.

Ella, niña, era la esposa del Cantar de los Cantares que llamaba al esposo Jesucristo: «Oh amor del alma mía, hazme saber dónde pastorean tu rebaño... Venga mi Amado en su jardín... Oh hijas de Jerusalén, yo os conjuro, si encontráis a mi Amado, decidle que yo languidezco de amor por él... Yo soy de mi Amado y mi Amado es mío, es mío...»³².

Cultivar santos deseos

Yo no puedo ejercer el apostolado, me dices. Soy pequeño, estoy en ambientes hostiles, estoy muy ocupado, estoy enfermo... Respondo: ¿Pero, quién o qué cosa te impide tener buenos deseos?

²⁵ «*Omnia instaurare in Christo*» (Ef 1,10).

²⁶ Cf. Lc 2,25-38.

²⁷ Lc 11,2.

²⁸ Sal 10,17.

²⁹ Sal 21/20,3.

³⁰ Ct 6,10.

³¹ «*Sol iustitiae, Christus Iesus*» (Liturgia del Común de la beata Virgen).

³² Cf. Ct 2,16.

Si no puedes hacer obras, si no puedes caminar a la cabeza del ejército de Cristo y ni siquiera entre los soldados... por lo menos podrás estar en la retaguardia con los deseos y los sacrificios; siguiendo la obra con vivo interés.

Hablemos de los deseos apostólicos. Jesús Maestro nos es modelo:

1) Jesús decía: «Jerusalén, Jerusalén, ¡cuántas veces quise recoger a tus hijos como la gallina cobija a sus pollitos bajo sus alas, pero tú no has querido!»³³. «¡Cuánto he deseado ardientemente comer esta pascua con ustedes!»³⁴. «He de ser bautizado con un bautismo (especialmente en la sangre) y ¡cuánto sufro en la espera!»³⁵. «Vengan a mi todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré»³⁶.

2) El *Salmista* abunda en estos deseos: «Alabad el Señor, pueblos todos; alaben al Señor todos los pueblos, los viejos junto con los niños alaben el nombre de Dios. El alma ardientemente desea observar tu ley por toda la vida. Tengo tanta pena por los que no la siguen. Sean confundidos»³⁷.

«Alabad, siervos del Señor, alabad el nombre del Señor»³⁸.

3) Deseos de almas ardientes: «Señor, quisiera vaciar el Purgatorio, quisiera que tu reino se extendiese a todos los confines de la tierra. Quisiera amarte con mil corazones y bendecirte con todas las voces de los Ángeles y de los Santos del cielo». «Señor, quisiera vivir hasta que el número de los elegidos esté completo; rezar y sufrir por todos, para entrar en la salvación de todos. Por todos entiendo ofrecirme como víctima en unión con Jesús Hostia. Quisiera imprimir el *Catecismo*, el *Gran medio de la Oración* y el *Aparejo a la muerte*³⁹, tantos ejemplares como son las personas sobre la tierra; darle un ejemplar a todos para iluminar a todos; detener a todos los pecadores del camino de la perdición; darles a todos los medios de salvación. ¡Que todos conozcan a Dios y a Jesús, Maestro, Camino, Verdad y Vida! ¡Que todas las generaciones canten las glorias de María!».

«Señor, entiendo hacer tantos actos de amor en esta noche cuantos sean mis respiros, los latidos de mi corazón, los movimientos de mi sangre».

Sta. Catalina de Siena un día decía: «¿Cómo es posible, en estos tiempos tristes, curar tantos males que sufre la Iglesia? Sé lo que harás: suscitarás almas ardientes en sus deseos; sus obras serán limitadas, pero los deseos vastísimos: unidos juntos, llegarán a salvar el mundo».

Sta. Gertrudis, en su convento, rezaba: «Oh mi dulce amor, yo te amo con todo mi corazón. Si me fuera posible, llevar a todos los hombres a ti, estaría dispuesta a recorrer toda la tierra a pies descalzos, tomarlos en mis brazos, quizás hasta arrastrarlos con tal de apagar tu ardiente amor. Más aún, estaría dispuesta a dividir mi corazón en tantos pedacitos cuantos son los hombres vivientes para hacerlos dispuestos y generosos a amar tu corazón!».

Sta. Teresa del Niño Jesús tenía frases semejantes: «Quiero ser vuestra esposa... Madre de almas... pero esto no me bastaría; siento vocación de guerrero, sacerdote, apóstol, doctor, mártir! Estar a la cabeza de las empresas más heroicas, morir por la defensa de la Iglesia... ¡Con cuanto amor yo curaría a los niños! Quisiera iluminar a los Doctores, los Profetas, y al mismo tiempo, anunciar el Evangelio hasta los confines del mundo, ser misionera, no pocos años, sino hasta el fin de los siglos».

³³ Mt 23,37.

³⁴ Lc 22,15.

³⁵ Lc 12,50.

³⁶ Mt 11,28.

³⁷ Cadena de citas sálmicas.

³⁸ «Laudate pueri Dominum...» (Sal 113/112,1).

³⁹ Respectivamente el *Catecismo* de S. Pio X; *El Gran Medio...* y *Aparejo a la muerte* de San Alfonso de' Ligorio: todas obras que los alumnos de Don Alberione se apuraron en publicar desde los primeros decenios del Novecientos.

Sta. Gertrudis, Sta. Matilde, Sto. Tomás de Aquino enseñan que el Señor acepta los deseos santos como si fueran obras «Jesús premia los deseos como las acciones» (Sta. Matilde). «El Señor acoge los buenos propósitos como si fueran obras» (Sta. Gertrudis).

El Señor quería que esta santa llevase en su corazón las necesidades de toda la Iglesia. Ella interrogó un día al Señor por qué glorificaba con tantos prodigios y conversiones en Compostela (España) a Santiago el Mayor. Le fue respondido: porque él había tenido en su vida *tantos deseos de predicar sobre la tierra el Evangelio*, aunque luego fue martirizado el primero. Ahora tenía la gracia de realizar desde el Paraíso cuanto había deseado en vida.

Semillas que nacen

¡No temáis! Aunque una muerte prematura troncase todos vuestros programas y actividades, Dios tendría en cuenta los suspiros, las oraciones y los deseos. Se puede, en poco tiempo, hacer el bien de una larga vida. Jesús vivió sólo treinta y tres años; pero redimió el mundo: fue el Apóstol del Padre.

Una religiosa emite la profesión con el corazón lleno de deseos y el propósito de dedicar todas las fuerzas y la vida al apostolado de la educación, de las misiones y de la beneficencia... Pero muere poco tiempo después, sin haber hecho nada.

Un sacerdote ha recibido la Ordenación hace pocos días; pero, víctima de un mal imprevisto, pasa a la eternidad sin poder desarrollar, ni siquiera en parte, el programa de su ardiente celo... ¿Estará todo perdido? No. El apostolado de los deseos tiene su gran fruto: para la religiosa y para el sacerdote mismo; para la gloria de Dios y para las almas en las cuales pensaban.

Nuestro corazón sea un altar, un hogar de santas aspiraciones, santos deseos, de suspiros ardientes, amplísimos: ¡Venga tu reino! Sea grande el corazón: abrace a todos los pueblos y todas las necesidades.

¿Deseos de obras?

Suscita oh Señor, tu potencia, y ven, te lo rogamos; para que, de los peligros que nos amenazan por nuestros pecados, podamos ser liberados por tu protección y salvados por tu mano liberadora. Tú que vives, etc.

El P. Scaramelli, en el óptimo libro *Discernimiento de los espíritus*, escribe: «A veces el Espíritu de Dios suscita el deseo de cosas buenas de las cuales, en realidad, no quiere su ejecución. Desea solamente encontrar la voluntad pronta y la buena disposición: se contenta de ella. Así Dios mandó a Abram a sacrificarle a su único hijo que tanto amaba. Abram, obediente, preparó todo para el holocausto; pero, cuando levantó el cuchillo, el Señor le detuvo la mano: “¡Basta, no le hagas ningún mal!”».

Dios inspiró a David la construcción del templo. Pero, cuando David propuso fabricarlo, le mandó al Profeta Natán a decirle: “No, no lo construirás tú, sino tu hijo Salomón”.

Así, hay almas que conciben deseos de martirio; pero el Señor quiere sólo el propósito; se complace y dará el premio. Dios inspira propósitos de celo a personas que, de hecho, no podrán dedicarse a las misiones. Como también propósitos de penitencias y ayunos a quien es débil y necesita alimentarse. O también propósitos de vida solitaria a quien debe permanecer en familia.

Es voz de Dios, que con estos deseos, quiere otra cosa, es decir: que se rece y sufra por las misiones y por los pecadores; que se ejerciten en mortificaciones de voluntad, lengua, corazón; que, aun viviendo en el mundo, se eviten los peligros.

El Señor se alegra de los santos deseos, los bendice y también dará el premio».

VI

APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

«Y María dijo: Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu exulta en Dios mi Salvador...» (Lc 1,46-47).

¡Qué es!

Ordinariamente san Pablo se presenta con esta frase a sus Comunidades de fieles: «Pablo, apóstol de Jesucristo»⁴⁰. Jesucristo había elegido a los Doce; después agregó a San Pablo: «Yo lo elegí para que lleve mi nombre a los Reyes y a los Gentiles...»⁴¹. Con tal presentación Pablo define bien su misión y también su carácter personal, de hombre fuertemente volenteroso. Conquistar el mundo entero era su continuo trabajo interior.

Y en este trabajo cotidiano no conocía descanso. La voluntad de conquista lo animó siempre. La parte del mundo conquistada era su botín, que defendía como el águila defiende sus crías.

En perfecta serenidad de espíritu, pero con voluntad tanto más fuerte todavía, María deseaba, suspiraba la salvación de los hombres.

Consecuencia de tales deseos: la oración. Es el tercer apostolado. Es una forma preciosísima, fácil y universal de celo. Santiago la recomienda: «Rezad unos por otros para que os salvéis; mucho puede la oración constante ante Dios: Orate pro invicem ut salvemini; multum enim valet deprecatio iusti assidua» (5,16).

San Pablo, en la primera carta a Timoteo (2,1), dice: «Ante todo, les recomiendo que se hagan oraciones, súplicas, peticiones, agradecimientos por todos los hombres; porque esto es lo que agrada a Dios, nuestro Señor, para que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad».

San Pablo recomienda en este texto el apostolado de la oración. Lo dice agradable a Dios; lo declara útil y eficaz medio para la evangelización de los hombres y para su salud eterna. De hecho, este apostolado es un invocar la misericordia de Dios sobre pecadores, infieles, herejes, judíos, mahometanos; es pedir a Dios por todos: luz, aumento de fe, fervor en el divino servicio, perseverancia en el bien.

Necesidad

Todo cansancio humano y las mejores iniciativas quedarían estériles sin la gracia de Dios; serían como cuerpos que ocupan espacio y tienen un peso, pero privados de alma y de vida. El *alma de todo apostolado* es una vida divina que da frutos, y frutos estables. Las obras nuestras, sin esta vida divina, son sarmientos separados de la vid; por lo mismo, destinados a morir, «porque sin mí no podéis hacer nada»⁴². ¿Pretendería el hombre, con fuerzas naturales y por lo demás débiles, cumplir obras sobrenaturales? Sería tal temeridad, locura y error como para considerarlo inexplicable en quien se dedica a un apostolado.

El Sto. Cura de Ars decía: «La vida de oración es la gran felicidad de esta tierra. ¡Oh hermosa vida, hermosa vida! ¡Hermosa unión con Dios! La vida interior es un baño de amor en el cual se sumerge el alma para permanecer como ahogada en el amor... La eternidad no será suficientemente larga para comprender esta felicidad... Dios tiene al alma interior como una mamá tiene en sus manos la cabeza de su niño, para cubrirlo de besos y de caricias».

⁴⁰ Rm 1,1.

⁴¹ Cf. At 9,15.

⁴² Jn 15,5.

San Francisco de Asís: «La oración es la fuente de la gracia. La predicación es el canal que distribuye las gracias recibidas del cielo. Los ministros son los heraldos de su rey, elegidos para llevar a los pueblos cuanto han acogido de la boca de Dios y de la santísima Eucaristía».

«Si el Señor no edifica la casa, inútilmente trabajan los constructores» (cf. Sal 127/126). En cambio «con Dios puedo todo». «Todo lo puedo en Cristo que me da fuerza» (Flp 4,13).

María «apóstol» con la «oración»

a) *María es la Apóstol con la oración*: porque ella rezó más y mejor que todos. La vida santa es la más perfecta y eficaz oración.

Hay un precepto: «Es necesario rezar siempre». Hay una prohibición: «no cesar nunca»⁴³. Precepto y prohibición que ningún santo como María observó tan plenamente.

¡Cuánto rezó María, desde el instante de su Inmaculada Concepción hasta la Anunciación!... Ella atrajo al Verbo de Dios, desde el seno del Padre, para encarnarse y hacerse fruto de su propio seno.

Su vida es una incesante oración. Por su santidad Ella agradó a Dios. El Padre vio en ella una habitación digna para acoger al Hijo, objeto de sus complacencias.

El Verbo de Dios, antes de María, no había encontrado aún un digno tabernáculo preparado para hospedarlo... Pero finalmente se lo fabricó en el corazón de María. «Has preparado una digna morada a tu Hijo»⁴⁴. Construido por Dios mismo, digamos así, en el designio del Hijo: «Todo ha sido hecho por medio de él»⁴⁵. Se trató de aquel Dios que interviene prodigiosamente, preservando a María de la culpa original y adornándola de gracias especiales: «Agradó por su virginidad, llegó a ser la Madre por su humildad».

María atrajo con el encanto de su belleza al Hijo de Dios encarnado: «Una sola es mi paloma, la mía perfecta» (Ct 6,9). Por esto el Espíritu Santo se derramó en María copiosamente: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti»⁴⁶. María, con el perfume de sus virtudes atrajo a su Amado para gozarse en el jardín de su corazón, como está escrito en el Cantar de los Cantares.

b) *Con la oración mental y oral*. Son concordes los Padres y los Doctores en afirmar que María aceleró la hora de la venida del Redentor con sus oraciones. En el plan de Dios, María debía llevar en sí misma las tres edades del mundo: aparecer antes de Jesús, en el Antiguo Testamento; vivir con Él; vivir injertada en el Cuerpo místico de Jesucristo, la Iglesia. Por esto esperó al Mesías, con las almas más elegidas del Antiguo Testamento; Lo adoró ya llegado, con los Pastores, los Magos, San José; después de la Ascensión de Jesús al Cielo ella es el miembro más santo y venerado de la Iglesia.

En el período de preparación resalta mejor el oficio de María. La espera del Redentor era la preocupación constante del pueblo judío; preocupación que se hacía más viva a medida que los tiempos se iban completándose. Entre los hebreos nadie fue tan iluminado y santo cuanto la criatura más privilegiada: María. Ella lo esperaba más que todos. Los comentarios de la Biblia escuchados en el Templo le abrían prospectivas grandes y siempre nuevas sobre la grandeza del Mesías, sobre su suprema belleza y acerca de su misión entre los hombres. Comprendía el abismo de errores, vicios, idolatría en la que había caído la humanidad. Ella invocaba al Salvador con los acentos más encendidos de los Patriarcas: «Ven y no tardes; ven y salva a tu pueblo». Estas voces tuvieron un poder en los designios de Dios: el de apurar la Encarnación de su Hijo. La oración tiene sus derechos en el Corazón del Padre celestial; sobre todo cuando parte de un corazón humilde, de la inocencia, del amor. A estas súplicas responde el Cielo. Un día, en el cual el alma de María se había prolongado⁴⁷ en estas elevaciones e invocaciones, aparece el Arcángel Gabriel que la saluda: «Ave,

⁴³ Lc 18,1.

⁴⁴ Colecta de la solemnidad de la Inmaculada Concepción.

⁴⁵ Jn 1,3.

⁴⁶ Lc 1,35.

⁴⁷ Intretenida largamente.

gracia plena... El que nacerá de ti, será llamado el Santo»⁴⁸. El peso de la oración de María había hecho desequilibrar la balanza de Dios por parte de la misericordia.

Este es el apostolado que obtiene vigor, constancia, eficacia al predicador, al escritor, al maestro, al catequista, al misionero, al conferenciante,... a todos aquellos que ejercen un apostolado de obras o de palabras, escrito o impreso. Por esto San Pablo en la segunda carta a los Tesalonicenses (3,1) escribe: «Rezad por nosotros para que se difunda el Evangelio y sea estimado y acogido».

Un predicador había hecho el pacto con un alma muy humilde: Durante la prédica tú quédate en adoración para que produzca frutos de conversión.

Apostolado de todos

El apostolado de la oración es simple, fácil, obligatorio, apto a todos.

Muchos confesores, misioneros, escritores, obispos, tienen almas que les dan su parte impetratoria de las buenas obras y oraciones. Estos trabajan y combaten: estas, en la soledad o en los claustros, como Moisés sobre el monte, tienen un corazón y brazos abiertos hacia el Cielo.

En la Iglesia este apostolado ha sido organizado como una amplia asociación⁴⁹. Es difundido en todo el mundo católico: son muchos millones los inscritos. Si tanto vale la oración de un alma ferviente, ¡cuánto más la de muchas almas que se unen para pedir! «Si dos o más en la tierra, se ponen de acuerdo para pedir algo, mi Padre que está en el cielo se lo concederá, porque cuando dos o tres se unen, en nombre de Dios yo estoy en medio de ellos» (Mt 28,19-20). Esta asociación entiende promover los deseos y los intereses del Corazón de Jesús. La práctica de ofrecimiento es la siguiente: «Corazón divino de Jesús, yo te ofrezco en unión del Corazón inmaculado de María, todas mis oraciones, acciones y sufrimientos, con las intenciones con las cuales continuamente te inmolas sobre los altares. Te las ofrezco, en particular, según las intenciones encomendadas a los asociados del apostolado de la oración en este mes y en este día».

Más de la mitad del género humano todavía no conoce nada de la Redención. El alegre anuncio aún no ha resonado en los oídos de tantas almas; ellas se encuentran en la condición en la cual nosotros estábamos antes de la venida de Jesucristo.

Orad con María, para que el Reino de Dios se extienda, para que la Iglesia alargue sus conquistas; para que uno sea el rebaño y uno el pastor.

¡Ven, oh Señor, Bendice las misiones católicas!

Recemos con María niña de Nazaret; jovencita en el Templo; adolescente cuando sentía cada vez más claramente en su alma el trabajo del Espíritu Santo, que la estaba preparando para el gran misterio de la divina Maternidad.

⁴⁸ Cf. Lc 1,28ss.

⁴⁹ El apostolado de la Oración es el movimiento surgido en Francia en el 1844, por obra del jesuita P. Ramière; se ha difundido y llegó a ser una asociación, que fue aprobada por el papa Pío IX. El boletín *Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús* favoreció la doctrina y la difusión. Millones de personas practican cada día el *Ofrecimiento de la Jornada* con la oración «Corazón divino de Jesús, te ofrezco...», que el mismo Don Alberione recitaba cada mañana.